

Reseña de

Manuela Marín, *Testigos coloniales : españoles en Marruecos (1860-1956)*, Editorial Bellaterra, Colección Alborán, Barcelona 2015, 755 páginas. ISBN: 9788472907348

Bernabé LÓPEZ GARCÍA

Catedrático emérito UAM

Bernabe.lopezg@uam.es

Para citar este artículo: Bernabé López García (2015): Reseña de Manuela Marín, *Testigos coloniales : españoles en Marruecos (1860-1956)*, Editorial Bellaterra, Colección Alborán, Barcelona 2015, *Revistas de Estudios Internacionales Mediterráneos*, 19, 167-172.

La larga trayectoria investigadora de Manuela Marín Niño, que cuenta con más de tres décadas de producción, la ha consolidado en diversos dominios de la historia de Al-Andalus como el género, el vestido, la alimentación y muchos otros aspectos de la historia de la España musulmana como son el conocimiento de sus sabios e instituciones. Pero desde hace años viene también mostrando interés y realizando aportaciones valiosas al conocimiento de las relaciones entre España y el mundo árabe, especialmente el inmediato Marruecos, a través del papel desempeñado por arabistas, viajeros y científicos españoles que estuvieron en contacto con ese mundo y con los especialistas extranjeros dedicados a su conocimiento.

Recientemente ha destacado dentro de esta temática su valiosa aportación a la obra editada conjuntamente con otros investigadores del CSIC, *Los epistolarios de Julián Ribera Tarragó y Miguel Asín Palacios. Introducción, catálogos e índices*¹. Las más de 400 páginas que componen la introducción de Manuela Marín y que titula “Arabismo e historia de España (1886-1944)”, resultan un exhaustivo panorama no sólo de los estudios árabes en la España de esos años sino una documentadísima y profunda introspección en las relaciones entre el mundo académico dedicado a los estudios árabes en España y Europa y los problemas que la colonización en el norte de África comportó para la política española.

Su publicación del libro *Testigos coloniales : españoles en Marruecos (1860-1956)*, en la colección Alborán de la editorial Bellaterra, especializada desde hace años, bajo la dirección de Eloy Martín Corrales, en la historia de las relaciones hispano-musulmanas, particularmente de las hispano-norteafricanas, es sin duda un hito en los estudios sobre la presencia española en Marruecos desde la guerra de Tetuán en 1860 hasta la independencia del país en 1956. Se trata sin duda de

¹ CSIC, Estudios Árabes e Islámicos. Monografías 16, Madrid 2009, 991 páginas.

una obra de balance de las miradas y percepciones hacia Marruecos, sus costumbres, sus paisajes, sus poblaciones, lanzados por los que Manuela Marín considera y denomina “Testigos coloniales”, es decir, los centenares de autores de obras y relatos publicados durante ese período y dedicados al vecino país.

Hasta la actualidad se habían realizado balances bibliográficos de gran utilidad sobre tan vasta producción, comúnmente calificada de “africanista”, como el de Vicente Moga Romero titulado “El mundo de la edición-reedición y el Protectorado: en torno a la cuestión hispano-marroquí (1859-2006)”², en el que se valoraba el carácter y orientación de lo publicado en dicho período. También la visión que los españoles tuvieron de los marroquíes a lo largo de un tiempo mucho más largo (1492-2002) fue objeto de análisis en una obra que guarda estrecha relación con el libro que comentamos, pues se trata del estudio de la plasmación gráfica de la mirada de testigos directos o indirectos sobre la realidad de un país, Marruecos, y sus habitantes. Me refiero al libro del citado Eloy Martín Corrales, *La imagen del magrebí en España. Una perspectiva histórica Siglos XVI-XX*³. Pero faltaba en la bibliografía española una obra que se adentrara en el contenido de toda esa enorme literatura que la relación de España con Marruecos produjo en ese siglo que va de 1859 a 1956.

La obra de Manuela Marín se adentra en el fondo de toda la “literatura colonial” que, según la autora, comprende tanto los “ensayos y estudios sobre Marruecos: relatos de viaje, testimonios personales (memorias, autobiografías), entrevistas, artículos de prensa, discursos políticos, informes oficiales, descripciones geográficas y cartografía, artículos científicos, actas de congresos...” como las “obras de ficción literarias propiamente dichas (novelas, cuentos, obras teatrales, romances y pliegos de cordel”. Algo prácticamente inabordable por la enorme envergadura del material, pero que la investigadora ha logrado “cruzar y comparar”, extrayendo un inmenso corpus de toda esta literatura con el resultado excepcional (“insospechado”, si usamos el término de Marín en su “Nota preliminar”) de este denso, complejo y magnífico fresco que es *Testigos coloniales*.

Este libro de balance pretende “explorar los espacios transitados por los españoles en Marruecos” entre 1859 y 1956, y “observar el contacto entre ellos y la población local y analizar qué consecuencias tuvo para su visión de Marruecos y para su propia identidad”. La autora ha querido adentrarse en la mirada que sobre esos espacios y las vivencias que en ellos se producen, arrojan unos testigos que las más de las veces son foráneos, pues sólo en contadas ocasiones se conservan relatos escritos por quienes considera “los verdaderos constructores del entramado colonial”, esos personajes “subalternos” que compusieron la cotidianeidad, junto con los colonizados, en la zona del Protectorado español en Marruecos.

La obra está dividida en cinco capítulos o partes que buscan acercarse a los “clichés históricos de largo alcance” (en el primero de ellos, “Imágenes, migraciones, impactos”), a los espacios compartidos y a los contactos humanos (en la segunda parte, “Intersecciones”), al ámbito de lo íntimo y personal en el mundo colonial (en el capítulo tercero, “Intimididades”), y a dos prototipos humanos de la realidad hispano-marroquí que implican un “itinerario” de ida y/o vuelta, como son

² Aparecido en la obra coordinada por Bernabé López García y Miguel Hernando de Larramendi, *Historia y memoria de las relaciones hispano-marroquíes. Un balance en el cincuentenario de la independencia de Marruecos*, Ediciones del Oriente y del Mediterráneo, Madrid 2007, pp. 77-152.

³ Edicions Bellaterra, Barcelona 2002, 248 páginas.

el cautivo (al que se le dedica la cuarta parte, "Itinerarios: los cautivos") y el renegado (capítulo final, "Itinerarios: los renegados").

El primer apartado, que sirve de "marco general" al libro, consigna esas "imágenes" repetidas en toda la literatura colonial sobre la civilización y sus beneficios, sobre el fanatismo y fatalismo del mundo del islam, que sirven de retórica para justificar la colonización, adornadas tantas veces con el toque orientalista de "misterio y seducción" del alma mora, difundidas por autores como Estébanez Calderón, José María de Murga ("El moro vizcaíno"), Antonio Vera Salas y tantos otros, alternadas con las "contraimágenes" de regeneracionistas como el mismo Joaquín Costa, Rafael Torres Campos, Rodolfo Gil Benumeya y hasta un Blas Infante, contribuyendo así a construir nuevos clichés, el de la "hermandad hispano-marroquí" y el del "Marruecos andaluz". El capítulo se completa consignando el papel que desempeñan tanto las migraciones españolas al Marruecos del norte, movidas la mayor parte por la pobreza y la necesidad, especialmente hacia ese microcosmos de la sociedad colonial que será Tánger, como el impacto de la violencia de las varias guerras que se suceden en ese siglo de historia.

El segundo capítulo, "Intersecciones", repasa aquellos espacios de contacto entre españoles y marroquíes, ya sean lugares de encuentro como zocos o cafetines con sus diferenciadas formas de ocupación, o actividades jerarquizadas como la caza en la que le estuvo reservado siempre el principal papel al europeo. Pero también se busca en los testimonios escritos el lugar que la sanidad y la educación desempeñaron en el contacto entre las dos poblaciones. Médicos de la Legación española como Felipe Óvilo que extendían su práctica y su experiencia hacia elementos de la elite marroquí, médicos de la corte de los sultanes como Joaquín Cortés Bayona o el doctor Belenguer que actuarían también como consejeros áulicos, médicos de dispensarios para indígenas como José Valdés Lambea o el mismo Víctor Ruiz Albéniz, el "Tebib Errumi", varios de los cuales narrarían sus vivencias en ensayos sobre la vida del país o relatos de ficción, nos brindan sus miradas de testigos coloniales. La escuela como ámbito de aculturación por excelencia desempeñó también un papel de primer orden en la intersección asimétrica de españoles y marroquíes. El maestro, sin embargo, señala Marín, dejó menos crónicas de sus experiencias personales que los médicos, si bien quedó su huella en manuales de enseñanza para indígenas y una "monumental" historia y balance de la acción cultural española en Marruecos escrita por uno de aquellos, funcionario del Protectorado, Fernando Valderrama.

Especial atención se presta en este capítulo segundo al papel y los testimonios de los traductores e intérpretes que, como Aníbal Rinaldy, Felipe Rizzo, Juan Zugasti o Clemente Cerdeira, ejercían de puente entre comunidades como conocedores de las dos lenguas, capaces de ponerse en la mentalidad del otro para traducir, más allá de las palabras, su psicología y hasta, en el lenguaje de la época, su misma "alma". Junto a estos, responsables de la interpretación de documentos oficiales o de la interlocución con personajes de la corte o notables, caudillos o rebeldes, estaban también los militares que, por encima del dominio de una "jerga cuartelera" de la que se jactaban muchos, habían logrado el dominio de las lenguas de los protegidos como Santiago Mora Soler, José Barbeta o José Riquelme, que Manuela Marín saca del olvido.

Dos apartados más, dentro de este segundo capítulo, se ocupan del papel de la indumentaria que sirve para marcar identidades, asumir identificaciones o fingirlas. Desde la utilización del vestido marroquí como instrumento o ardid para el acercamiento, practicado por los intérpretes o viajeros, a la máscara o disfraz utilizado por personajes como Antonio Ramos para escenificar una

conferencia sobre Marruecos en Madrid, aparecen en el libro diversos ejemplos y anécdotas en que diversos testigos, como en el caso de Indalecio Prieto en una visita al Protectorado, narran la incomodidad de su desencuentro cultural. Aún así, la idealización de los “albos alquiceles” de la indumentaria árabe constituirá todo un tema de la orientalización de la mirada sobre Marruecos. También el uso de nombres árabes a manera de seudónimos por parte de españoles como signo de travestismo o de identificación cultural, merece a Marín un apartado especial. Sin olvidar las páginas que dedica a ese particular punto de intersección que es el mundo de la memoria gastronómica, tan querido por la autora.

La tercera parte, “Intimidades”, se centra en el género que, a juicio de la autora, “se sitúa en el eje del discurso colonial”. La mujer aparece como “metáfora de toda la sociedad marroquí”, como víctima de la opresión del sistema, sometido(a) al despotismo del sultán. El mito voluptuoso de la odalisca en el harén, tan difundido por la pintura orientalista e idealizado también por una literatura que se dedica a capturar imágenes prohibidas, contrasta con la realidad cruda de la mujer campesina convertida en bestia de carga, esclava de su dueño, descalza y mal vestida, tal como la describen viajeros o periodistas en sus crónicas en las que claman por su liberación. Manuela Marín ironizará, marcando la orientalización de estas visiones y el doble rasero en el acercamiento a las realidades española y marroquí, haciendo suyas las palabras de un militar que se ha convertido por sus escritos y dibujos en fuente de conocimiento de la vida de los rifeños, Emilio Blanco Izaga: “la mujer rifeña, con una jornada de trabajo semejante o inferior a la vascongada de caserío (...) y sin embargo, que yo sepa, a nadie se le ha ocurrido gimotear por la libertad de las vascongadas (...), sino al contrario, proclamar sus virtudes considerándolas ejemplares”.

Manuela Marín recoge en este extenso capítulo tercero toda una antología de textos y narraciones en los que la mujer, en todos sus estados, se convierte en centro del relato de centenares de trabajos literarios y de ensayos científicos o que pasaban por serlo. En dicha antología destacan escritos en los que se traduce la ambivalencia de la mirada occidental ante escenas de mercados de esclavas, entre la atracción lujuriosa por las escenas y la repugnancia por el comercio humano. O el diferente sentido que cobran, en España o en Marruecos, cuestiones como el pudor, explicitado en el “paso de los vados”, que se convierte en un recurso narrativo recurrente ya desde el viaje a Marruecos de Jan Potocki hasta los relatos de Óvilo sobre la mujer marroquí o los de Ángel Cabrera y Guillermo Rittwagen.

El imaginario de estos testigos coloniales queda plasmado gráficamente en las fotografías captadas por Nicolás Müller en los años 40 en el Protectorado, en las que el repertorio femenino va desde las “mujeres envueltas de pies a cabeza en velos blancos” que pueblan las terrazas tangerinas o las escaleras de la medina tetuaní, hasta la “bailarina Tajara” fotografiada en Larache en 1942 luciendo sus piernas desnudas ante la mirada libidinosa de un moro notable provocando, por usar palabras de Eugenio Noel en su *Diario de un soldado*, “la rebeldía vergonzosa de la carne”, que el fotógrafo húngaro sabe transmitir al espectador. La mujer marroquí, pero también la española que acompaña regimientos y convive con la violencia de la guerra, forma parte esencial de ese mundo colonial tan brutalmente descrito por Arturo Barea en *La forja de un rebelde* con esta frase lapidaria: “Durante los primeros veinticinco años de este siglo Marruecos no fue más que un campo de batalla, un burdel y una taberna inmensos”.

La cuarta y quinta parte del libro llevan un común epígrafe, “Itinerarios”. En su exploración sobre todo un siglo de escritos sobre Marruecos publicados en España, la autora recopila cuantos relatos

y referencias ha encontrado acerca de estas dos figuras emblemáticas que fueron la sufriente del cautivo y la controvertida del renegado. El primero constituía ya antes de la colonización de Marruecos un "cliché historiográfico" que venía a corroborar la tensión entre el islam y la cristiandad en la Edad Moderna y que tanta presencia había tenido en la literatura del Siglo de Oro español. Pero la figura del cautivo va a tener una resurrección particular a raíz de las guerras con Marruecos, muy especialmente tras el desastre de Annual.

Los relatos de cautivos, los secuestros reales o fingidos de ciudadanos españoles en las regiones de Yebala o del Rif, contados por protagonistas como Jacobo Butler o Francisco Álvarez, o reconvertidos en productos literarios de la pluma de autores como Manuel Juan Diana, son recogidos por Manuela Marín situándolos en su contexto de las tensas relaciones entre los dos países vecinos. El trabajo de la investigadora es arduo, pues efectúa un escáner fino del tratamiento del tema del cautiverio en tan inmensa bibliografía. A través de la mirada de los prisioneros, fugaces unos y de reclusión prolongada otros, Marín va descubriendo la percepción del mundo marroquí más íntimo, el de los aduares y campesinos modestos, muchos de los cuales con su comportamiento humanitario, ponen en cuestión los clichés sobre el moro tan esparcidos por la literatura de la época. Los cautivos de Abdelkrim que tanta repercusión tuvieron en la opinión pública de los años veinte tienen un lugar especial en el capítulo, en el que la investigadora detalla las circunstancias del rescate, documenta bibliográficamente lo escrito sobre ello y opone narraciones noveladas como las de Víctor Ruiz Albéniz, con todas las concesiones a la sentimentalidad orientalista, frente a las de un Fermín Galán que ya en el propio título de su novela *–La barbarie organizada–* lleva la denuncia de una colonización violenta e injusta.

El segundo "itinerario", en la quinta y última parte del libro, es el del renegado. Itinerario físico desde tierra española, generalmente los presidios de Ceuta, Melilla o los Peñones, desde los que suelen huir los renegados para sumergirse en tierras y costumbres marroquíes. Pero también itinerario espiritual, pues muchos de ellos con su conversión real o fingida sufren una transformación en la aceptación de su nueva vida, aunque muchos de ellos guarden el nostálgico recuerdo de la patria originaria. Estas "figuras transfronterizas" como las llama Marín no aparecen por primera vez en el período que ocupa a la autora sino que preexistían en siglos anteriores formando parte del paisaje de las relaciones hispano-marroquíes recogido en relatos, romances y piezas teatrales del siglo de Oro.

Manuela Marín señala que va a ser la guerra de 1860 la que reavive la figura del renegado que los autores de crónicas o relatos literarios dicen encontrar cuando se adentran en el interior de Marruecos. José María de Murga, que arranca sus *Recuerdos marroquíes* con lo que denomina "monografía" sobre los renegados, o Galdós en sus dos *Episodios nacionales* dedicados a la campaña de O'Donnell, revitalizan una figura que no cesará de aparecer en la literatura de la época, idealizada unas veces como "héroes rebeldes", convertidos muchos de ellos por conveniencia en soldados del sultán, censurada otras por su traición a sus creencias religiosas. Como en el caso del cautivo, el renegado servirá como figura literaria para adentrarse en la cultura y vida cotidiana de Marruecos y los marroquíes, en la que los renegados tratan de integrarse a través del refugio/trampa de la familia. De nuevo Manuela Marín pasa al escáner la literatura de la época para transcribir cómo es percibido el renegado o como éste se justifica o reclama su derecho al retorno a sus orígenes. Como ilustración de todo ello recoge al final del libro la autobiografía de un renegado, Eleuterio Ochoa y Delgado, en la que narra su cautiverio y huida

desde el presidio de Melilla para sumergirse en el mundo fantasmagórico marroquí donde padecerá mil vicisitudes con un sentimiento de amargura por la renuncia a familia y patria.

La obra de Manuela Marín es sin duda única en su género en tanto que balance de ríos de literatura colonial (censa más de 460 fuentes documentales distintas utilizadas en la profusa anotación de los capítulos), con la virtud de destacar sus temas de fondo a través de las diferentes visiones que nos da del paisaje, personajes y costumbres de Marruecos. La lectura, a pesar de la extensión, quizás algo excesiva, de la obra, resulta enriquecedora y amena en las tantas historias y anécdotas que se recogen de ese inmenso mar literario colonial. La fineza y rigor en el análisis de tan vastos materiales convierten, además, a *Testigos coloniales* en un trabajo de excepción.